

El último encierro

de Javier de Prada

(A San Fermín pedimos...)

Al alzar el periódico vi la mancha de sangre seca en mi mano. Entoné la plegaria intentando conjurar el miedo que ascendía por el pecho y me abrasaba como una cornada caliente.

Me llamó la atención su indumentaria, como de otro tiempo, la quietud hierática y su mirada sombría. La esquivé clavando los ojos en la hornacina.

(... dándonos su bendición.)

El último canto era la señal para que cada cual ocupara su puesto, como una emboscada en un desfiladero. Descendí la cuesta empapado por el pánico. El peligro ya olía a pólvora.

Me siguió, tocó mi espalda y me espetó:

- Tú no me conoces. Soy Esteban. Caí en 1924.

Me señaló una figura borrosa con la que nadie tropezaba. Sujetaba un pedazo del santo capotico.

- Y también están los otros doce, en su lugar del recorrido, atentos al quite.

Entonces descubrí con estupor mi camiseta desgarrada y sanguinolenta.

Me dijo conmovido:

- Sí, Matthew, corriste tu último encierro en 1995. No pudimos hacer nada.

El estallido del cohete silenció mi grito incrédulo.

Y me abracé a él llorando mientras la manada ascendía como un tren cremallera y pasaba por encima sin reparar en nosotros.